



La liturgia nos educa por dentro. A través de los signos, colores, lecturas, cantos y gestos, el año litúrgico forma al creyente en la sensibilidad del Reino. Nos enseña a mirar el mundo con los ojos de Cristo, a vivir el tiempo como gracia, y a santificar cada estación de la vida.

En este día la palabra de Dios nos recuerda lo que los apóstoles, por medio de una oración humilde, le piden a Jesús: *“Auméntanos la fe”* (Lc 17,5). No piden milagros, ni poder, ni comprensión perfecta. Piden fe. Y Jesús responde con una imagen desconcertante: *“Si tuvieran fe como un grano de mostaza...”* (Lc 17,6). No habla de una fe gigantesca, sino de una fe pequeña, humilde, pero viva. Así fue la fe de Santa Teresa del Niño Jesús cuya memoria litúrgica celebrábamos el pasado día uno del presente mes. Para ella creer era amar. No era, por tanto, una mera adhesión intelectual, sino una respuesta amorosa a la misericordia de Dios. En su *“Acto de ofrenda al Amor misericordioso”*, se entrega sin reservas, confiando en que Dios la consumirá en su fuego de amor.

¿Cómo se cultiva esa fe?

Escuchando. Y para escuchar, hace falta silencio. La fe no nace del ruido, ni de la agitación interior. Nace del silencio que acoge la Palabra. San Igna-

cio de Antioquía lo expresa con asombro: *“El Verbo salió del silencio de Dios”* (Ef 15). Y san Juan de la Cruz lo confirma: *“El Padre habló una palabra, que fue su Hijo, y la dijo en silencio, y en silencio ha de ser oída por el alma”* (Dichos de luz y amor, 99).

El silencio no es vacío. Es espacio sagrado. Es la tierra buena donde la semilla de la fe puede germinar. María, la Virgen oyente, no interrumpe, no discute, no exige. Escucha, guarda, medita en su corazón. San Ambrosio dice: *“María conservaba en silencio lo que había oído, porque sabía que era misterio”* (Comentario a Lucas, II, 26).

¿Como se muere la fe o se impide que nazca?



La Palabra de Dios hoy nos interpela con fuerza: *“No endurezcáis vuestro corazón”* porque la dureza de corazón sofoca la fe o impide su nacimiento. No es una súplica suave la que se hace, sino un grito urgente, como el de un pastor que ve a sus ovejas desviarse hacia el abismo.

La dureza de corazón no es solo frialdad o indiferencia. Es resistencia a la gracia, es cerrar las puertas al Dios que llama, al hermano que sufre, al Espíritu que quiere renovar. Es el pecado de quien ha visto la luz y prefiere la sombra, de quien ha oído

la voz y pasa de ella.

¿Qué endurece el corazón?

- El orgullo, que nos hace creer que no necesitamos a nadie.
 - La rutina religiosa, que convierte la fe en costumbre y el altar en escenario.
 - El dolor no sanado, que nos lleva a levantar muros para no ser heridos de nuevo.
 - La comodidad, que nos hace sordos al clamor del pobre y al susurro del Espíritu.
- Pero el corazón endurecido no es irrompible. Dios lo puede tocar. Dios lo quiere tocar. Como el agua que desgasta la piedra, su misericordia insiste, día tras día, sacramento tras sacramento, mirada tras mirada.

¿Qué hace falta para que el corazón se ablande?

- Escuchar: no solo oír, sino acoger la Palabra como semilla viva.
- Recordar: no olvidar las maravillas que Dios ha hecho en nuestra historia.
- Llorar: dejar que la compunción nos limpie por dentro.
- Confiar: abrirnos a la posibilidad de ser transformados.
- Hoy, si escuchas su voz, no endurezcas tu corazón. - Hoy, si sientes que algo se mueve dentro, no lo apagues.
- Hoy, si ves que tu alma está reseca, deja que el Espíritu la riegue con la Palabra que sale de la boca de Dios.



FE



Sal 94, 1-2. 6-7. 8-9



**Venid, aclamemos al Señor,
demostrémosle
a la Roca que nos salva;**

**entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.**

Entrad, postrémonos por tierra,

bendiciendo al Señor, creador nuestro.

Porque él es nuestro Dios,

y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía.

Ojalá escuchéis hoy su voz:

«No endurezcáis el corazón como en Meribá,

como el día de Masá en el desierto;

cuando vuestros padres me pusieron a prueba

y me tentaron, aunque habían visto mis obras.»

Este salmo, que abre tradicionalmente la liturgia de las Horas, era usado por Israel en las ceremonias de renovación de la Alianza. Los levitas convocaban al pueblo a entrar en el Templo con júbilo, reconociendo a Yahvé como Creador y Pastor. Pero tras esta invitación festiva, el tono cambia: Dios mismo toma la palabra y recuerda la rebelión en Meribá y Masá, cuando el pueblo dudó de su presencia en el desierto (cf. Éx 17; Nm 20).

El salmo se sitúa en un momento de crisis espiritual: el pueblo ha visto las obras de Dios, pero su corazón permanece endurecido. El salmista, posiblemente en tiempos de amenaza asiria o postexilio,

clama por la intervención divina, por la justicia frente a los impíos que oprimen al justo y se burlan de la ley de Dios.

San Agustín, en sus *Enarraciones in Psalmos*, ve en este salmo una exhortación constante a la conversión. El “*hodie*” — “*hoy, si escucháis su voz*”— no es un simple presente cronológico, sino el tiempo de la gracia. Dice Agustín: “*Este ‘hoy’ dura mientras dure el tiempo de la misericordia. No endurezcáis el corazón, porque aún hay tiempo de volver.*” (Enarr. in Ps. 94)

San Gregorio Magno, por su parte, interpreta la dureza del corazón como una ceguera voluntaria ante las obras de Dios. El pueblo vio milagros, pero no creyó. Así también nosotros, dice, podemos ver la Eucaristía, escuchar la Palabra, y sin embargo permanecer indiferentes.

Este salmo nos invita a comenzar cada jornada con alabanza, reconociendo que somos “*el pueblo que Él guía, el rebaño que Él apacienta*”. Pero también nos advierte: no basta con entrar en el templo, hay que hacerlo con el corazón abierto.

Conclusión: del júbilo a la fidelidad

Comencemos, pues, cada día con el Venite exultemus, no como fórmula, sino como actitud. Que nuestra alabanza sea sincera, nuestra escucha profunda, y nuestra fe constante. Que no se diga de nosotros: “*Durante cuarenta años me disgustó aquella generación*”. Sino más bien: “*Estos son los que escuchan mi voz y entran en mi descanso*”.



Catedral de Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis



LA FE BROTA DE LA ESCUCHA XXVII DOMINGO “C”

Primera lectura

Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4

Salmo responsorial 94 (95)

Segunda lectura

2 Timoteo 1, 6-8.13-14

Evangelio

Lucas 17, 5-10